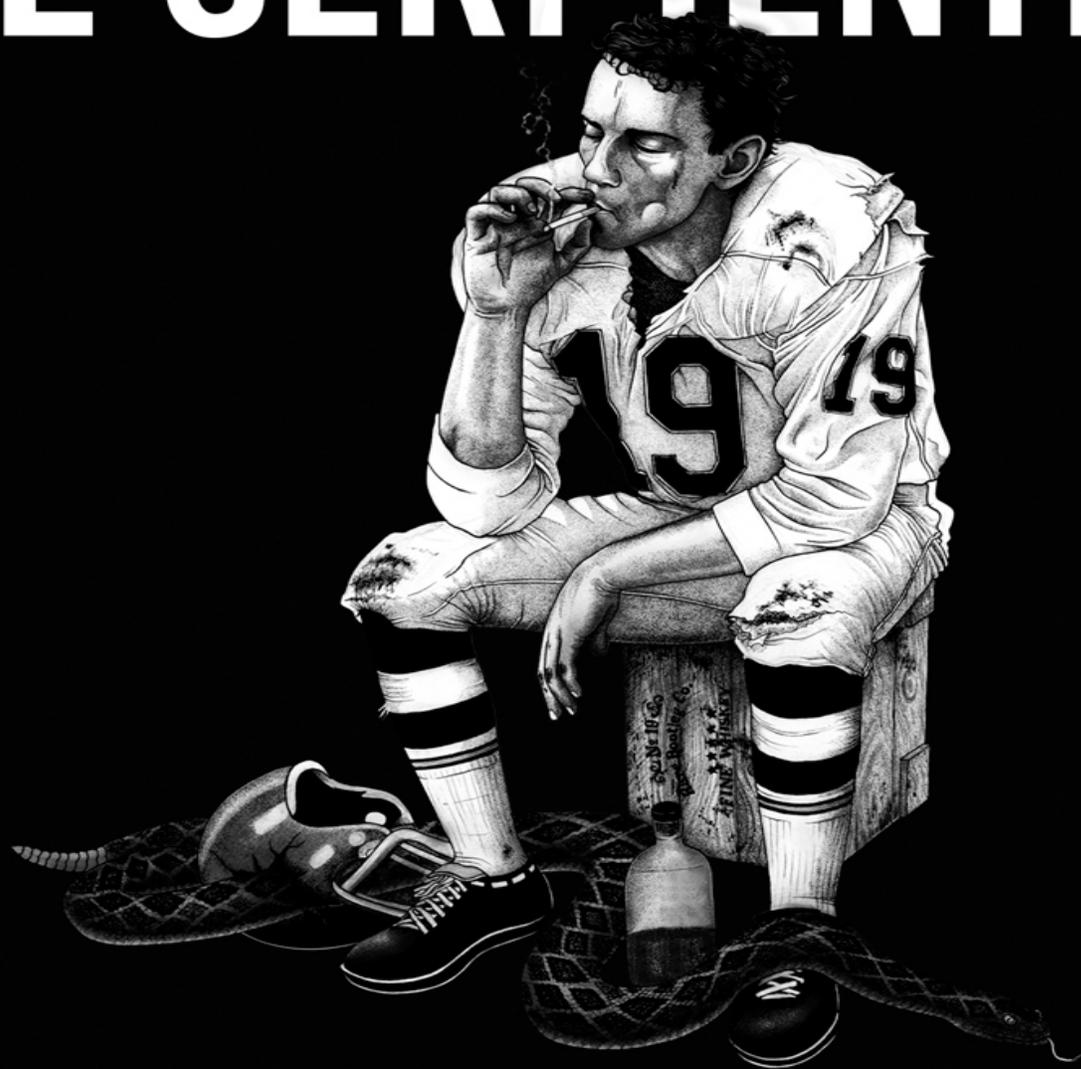


DIRTY WORKS

FESTÍN DE SERPIENTES



Harry Crews

Traducción Javier Lucini

HARRY CREWS «Nací el 7 de junio de 1935 al final de un camino de tierra en el condado de Bacon, Georgia. Un camino muy largo. Mi padre murió cuando yo era un bebé y mi madre, sin otra cosa que simple coraje, tras toda una vida de desesperación y falta de alternativas, nos crió a mí y a mi hermano. Asistí a la Universidad de Florida. Tras dos años ahogándome entre la Verdad y la Belleza, dejé la Universidad por una moto Triumph. Me dirigí al oeste una clara mañana de primavera con siete dólares y cincuenta y cinco centavos en el bolsillo. Estuve en la cárcel de Glenrock, Wyoming; un indio blackfoot al que le faltaba una pierna me dio una paliza en una reserva de Montana; fregué platos en Reno; recolecté tomates en las afueras de San Francisco; un hombre que se creía Cristo me expulsó el demonio que llevaba dentro en Colorado Springs y en Chihuahua me hice amigo de un piloto obsesionado con las alforjas de motos... Volví cojeando a la Universidad de Florida, purificado y santificado, dispuesto a absorber todo lo que quedara de Verdad y Belleza. Y así están las cosas. Actualmente doy clases de inglés en Fort Lauderdale, Florida. Estoy casado con una chica muy guapa que sabe escribir a máquina. Hemos tenido dos hijos. El mayor se ahogó en 1964. El otro tiene cuatro años.»

Desde entonces Harry Crews bebió mucho, se drogó bastante y publicó más de veinte libros. Murió el 28 de marzo de 2012, a los 76 años, por complicaciones de una neuropatía. En su última entrevista puso las cartas sobre la mesa: «Mira, si tu intención es escribir sobre la dulzura, la luz y toda esa mierda, consíguate un trabajo en Hallmark».



FESTÍN DE SERPIENTES

FESTÍN DE SERPIENTES

Harry Crews

Traducción Javier Lucini

DIRTY WORKS

— Est. 2014 —

Este libro es para Johnny Feiber: tanto en los buenos tiempos como en los malos, jamás he alzado mi copa junto a un amigo mejor.

Título original:
A Feast of Snakes

Atheneum, Macmillan Publishing Company, 1976
Primera edición Dirty Works: Mayo 2019

© Harry Crews, 1976

© 2019 de la traducción: Javier Lucini

© de esta edición: Dirty Works S.L.

Asturias, 33 - 08012 Barcelona

www.dirtyworkseditorial.com

Traducción: Javier Lucini (con la asistencia reptil de Tomás González Cobos, que estuvo en Sand Mountain manipulando serpientes y está curado de espanto)

Diseño de cubierta: Nacho Reig

Ilustración: © Antonio Jesús Moreno «El Ciento»

Maquetación y correcciones: Marga Suárez

ISBN: 978-84-19288-17-2

Producción del ePub: booqlab

«Si tan solo pudiese vivir en ese terreno cercano a la locura como en la época de mi infancia, donde todo era violento, intenso y de infinitas posibilidades: que el sol y la luna estallasen sobre mi cabeza.»

RICHARD EBERHART

Primera parte



Ella sentía la serpiente entre sus pechos, la sentía ahí y le encantaba que estuviese ahí, enroscada, formando una S oscura y tumescente, siempre rígida y dispuesta al ataque. Le encantaba cómo lucía cosida al jersey de cuello de pico del instituto, el remarcado diseño de sus manchas en forma de diamante brillando al sol. Estaban a quince grados, un calor inusual para principios de noviembre en Mystic, Georgia, y podía oler el leve aroma almizclado de su propio sudor. Le gustaba el sudor, le gustaba la sensación que le producía, pringoso como el aceite, lubricando las articulaciones de su cuerpo, los huesos, los músculos tonificados y flexibles, ahora tensos y bloqueados, dispuestos a saltar (dispuestos al ataque) en el momento en que la banda que tenía a sus espaldas se arrancara con el himno del equipo: «Seguid luchando, Crótalos Mortíferos del Instituto de Mystic».

Sintió una gota de sudor en la zona lumbar que resbaló hasta quedarse un instante suspendida antes de deslizarse por la suave ranura que separaba las fauces flexionadas de su culo. Al sentir el sudor ahí abajo, entrecerró automáticamente los ojos para ver si podía reconocer a Willard Miller, el Jefe Serpiente de los Crótalos de Mystic, su Jefe Serpiente, entre los demás chicos con casco y uniforme blanco que formaban las líneas de confrontación al otro extremo de la pista. Cuando chocaron, sus suaves y casi tiernos gruñidos llegaron a sus oídos a través del verde campo de entrenamiento.

Trató de distinguir el sonido de Willard del de los demás jugadores y le pareció conseguirlo; pensó con asombro en lo mucho que se parecía aquel sonido al de los desgarrados bufidos que le soltaba al oído cuando la embestía brutalmente sobre el capó del Corvette. Apenas había diferencia, el mismo ruido cuando anotaba en el campo que cuando anotaba entre sus piernas. Hiciera lo que hiciera, siempre era ruidoso y violento, y acababa empapado, porque tenía tendencia a babear.

Al ver que el director de la banda alzaba la batuta, tensó los músculos y volcó todo su peso hacia la punta de los pies. En el momento en que la música restalló a su alrededor, con el bombeo de las tubas y el traqueteo de los tambores, comenzó a pavonearse como si fuese el fin del mundo. Desde los laterales del campo llegaba el repiqueteo seco e impresionante de la serpiente de cascabel. Habían venido algunos hinchas con sus calabazas. Calabazas grandes como melones, con forma de calabacín amarillo de cuello curvo, llenas de semillas deshidratadas para que al agitarlas hiciesen vibrar el aire con el sonido genuino de una serpiente. Durante los partidos, las gradas de los seguidores de los Crótalos de Mystic ponían los pelos de punta. Aquellas semillas deshidratadas podían oírse a tres kilómetros de distancia, zumbando como si fuese el mayor nido de serpientes jamás imaginado por Dios. En Mystic, durante la temporada de fútbol, nadie se alejaba mucho de su calabaza. A veces se podía ver a gente cargando con ellas por las calles del pueblo, en el supermercado o dentro del Simpkin's, la única tienda de ropa y complementos de Mystic.

Ahora la banda se había desplegado adoptando la forma de una serpiente. Los miembros de la banda utilizaron los marcadores de las yardas para ir posicionándose a paso ligero, alzando bien alto las rodillas y sin dejar de agitar los instrumentos, de tal manera que toda la serpiente vibraba al sol. Los tambores se situaron bajo uno de los postes de gol, retumbando a todo trapo, y ella estaba bajo el poste del campo contrario, plantada en las fauces de la serpiente, con los brazos rígidos a modo de colmillos. Se había mimetizado con la música. No tenía que pensar para actuar. De todas las *majorettes* (y había otras cinco), ella era la que levantaba más las rodillas y la que marchaba con la sonrisa más amplia, la piel más lustrosa y la dentadura más perfecta. Lo llevaba en la sangre y, por eso mismo, su único defecto (de tener que señalar uno) era que su mente tendía a dispersarse. No le hacía falta pensar ni concentrarse como las demás chicas para ejecutar sus movimientos. Por lo tanto, a veces, se aburría con los ejercicios y dejaba vagar la imaginación. Incluso ahora, mientras hacía sus cabriolas, con la espalda arqueada y la pelvis propulsada hacia adelante, le hacía guiños a Joe Lon Mackey, que estaba bajo las gradas de la zona de anotación.

Allí era donde solía ponerse cuando iba a verles entrenar y no le sorprendió, hasta se alegró, porque le dio algo en que pensar. No les separaban ni seis metros, él estaba de pie en las sombras, con un saco de arpillera en una mano y una bolsa de papel marrón en la otra. De vez en cuando, se llevaba la bolsa de papel a los labios. Él le guiñó el ojo la primera vez que ella se plantó bajo el poste de gol. Ella le devolvió el guiño y le dedicó su inmensa sonrisa. Siempre le había gustado. Joder, ¿a quién no? Pero en realidad no le conocía tan bien como le gustaría. Su hermana, que asistía a la Universidad de Georgia, en Athens, su hermana Berenice, esa sí que le conocía bien.

Su hermana y Joe Lon habían sido lo más de lo más en Mystic, Georgia, de hecho, habían sido lo más de lo más en todo el condado de Lebeau, y Joe Lon podría haber ido a la Universidad de Georgia, en Athens, o a donde se le hubiese antojado, de haber sido un buen estudiante. Eso era lo que decía todo el mundo en Mystic: Joe Lon Mackey no es un buen estudiante. Pero es que era bastante peor que eso y todos lo sabían. Nunca se llegó a demostrar con pruebas fehacientes si Joe Lon sabía leer. La mayor parte de los profesores del instituto de Mystic que habían tenido el privilegio de darle clase pensaban que, probablemente, no. Pero, aun así, les gustaba, incluso sentían auténtico amor por él, veneraban al alto y rubio Joe Lon Mackey, seleccionado nada menos que en la categoría «All-American» como mejor jugador *amateur*, cuyo excepcional sosiego en el terreno de juego todos habían decidido tomar por cortesía. Detentaba el prestigio de ser el muchacho más atento de todo el condado de Lebeau, aunque era de sobra conocido que había hecho unas cuantas cosas bastante reprobables, como lo de la vez que se llevó a aquel viajante de comercio al July Creek y lo ahogó, con casi todo el equipo titular mirando desde arriba, en la orilla, donde estaban poniéndose ciegos de cerveza.

Ella se perdió el silbido del director de la banda que marcaba el momento en que la serpiente tenía que disponerse al ataque y, por consiguiente, las otras cinco chicas que configuraban la cabeza de la serpiente estuvieron casi a punto de llevársela por delante. Se había quedado con los brazos extendidos a modo de colmillos, lanzándole guiños a Joe Lon, que seguía en las sombras llevándose la bolsa de papel a los labios y preguntándose si Berenice volvería a casa para el rodeo, en el momento en que la chica que tenía justo detrás, al alzar las

piernas, le dio un rodillazo en el riñón que casi la propulsó al suelo. Se recuperó justo a tiempo y bufó por encima del hombro: «Quieres que te patee el culo, ¿es eso?».

La chica le respondió algo, pero se perdió en el barullo de las tubas. Bajo las gradas, Joe Lon Mackey se acabó la media pinta de Jim Beam y lanzó la bolsa de papel con la botella dentro hacia los hierbajos. Se sacó del bolsillo dos tabletas de chicle Dentyne y se las metió en la boca. Acto seguido, se encendió un pitillo. Había ido a ver a Candy (a la que casi todo el mundo, menos sus padres, el doctor y la señora Sweet, llamaba Hard Candy¹), porque le recordaba a Berenice y a todas las cosas que podían haberse hecho realidad y nunca lo hicieron. Hacía dos años, Berenice estaba en el último curso y era la jefa de las *majorettes*, y él, Joe Lon, era el Jefe Crótalo.

Se decía que Joe Lon, en un día cualquiera de su último año en el instituto, podía haber formado parte de la alineación defensiva de la mejor universidad del país. Pero no fue así. Jamás llegaría a poner los pies en un campo de fútbol universitario, a pesar de haber sido invitado a visitar más de cincuenta universidades. Pero no pasaba nada. Él ya había tenido lo suyo. Eso era lo que se decía a sí mismo unas diez veces al día: «No pasa nada. Por Dios, yo ya he tenido lo mío».

Se llevó la mano al bolsillo trasero de sus Levi's y sacó una hoja de papel azul. Estaba prácticamente desgastada de tanto doblarla. La desplegó de una sacudida y la expuso a la luz. Decía: «Te veré cuando lo de las serpientes. Amor. Berenice». Y unas cuantas equis bajo el nombre. La carta le había llegado a la tienda hacía tres días. Se había pasado buena parte de la tarde intentado descifrar lo que ponía y, una vez logrado, no se sintió en absoluto complacido. Pensaba que ya lo había superado, que ya estaba en paz con todo eso. Dobló la carta y se la metió de nuevo en el bolsillo. Pero de camino a la camioneta volvió a sacarla, la rasgó a conciencia con los dientes y la mano libre, y fue esparciendo los pedacitos por el pasillo sombrío que atravesaba las gradas.

Se dirigió a la pequeña carretera que bordeaba el campo de entrenamiento y contempló a Willard Miller, que ahora tenía la posesión del balón. Le estaban haciendo correr contra los mierdecillas, contra los más canijos del equipo de reserva que habían decidido meterse en el equipo de fútbol sabe Dios por qué,

dado que casi nunca les sacaban en los partidos y sus cuerpos no servían más que para hacer de maniqués de placaje para los jugadores más robustos. Vio cómo arremetía tres veces seguidas por el centro. Era importante hacerle correr de vez en cuando contra los mierdecillas. Así podía practicar sus movimientos sin riesgo de lesionarse. También le brindaba la maravillosa posibilidad de arrollar a gente y pisotearla, machacar cabezas y manos, y patear costillas hasta saciarse.

Joe Lon sintió que los músculos de las piernas se le estremecían al ver cómo Willard se desembarazaba con una finta de uno de los mierdecillas para, acto seguido, con el pobre chaval volteado y batido en el suelo, lanzarse de cabeza contra él sin motivo alguno. Bueno, qué cojones, todo tenía que acabar, tanto lo bueno como lo malo. En esta vida había otras cosas aparte de pisotear a alguien. Lo principal era resistir y no dejar que te afectase. Joe Lon encendió los faros y partió hacia el crepúsculo de primeros de noviembre.

Se había pasado la mayor parte del día empujando el codo, pero no le había hecho el menor efecto. Pasó por delante del mástil sin bandera de la oficina de correos y de la cárcel, donde vio el Plymouth trucado de Buddy Marlow, con la enorme estrella de la oficina del *sheriff* pintada en la puerta, aparcado bajo un cinamomo deshojado, y siguió avanzando por el centro del pueblo, donde varias personas le saludaron con la mano al verle. Él no les devolvió el saludo. Aunque, al final, hubo dos que se pusieron a agitar sus calabazas y él tuvo que alzar la mano y sonreír, pero en realidad ni los vio. Le atormentaba la idea de volver a casa con Elfie y los niños, a ese tráiler en el que vivía en un estado permanente de furia asfixiante.

Había plantado el tráiler a las afueras del pueblo, al borde de un terreno de cuatro hectáreas que compró y transformó en una mezcla de camping y parque de caravanas. Avanzó despacio por el estrecho camino de tierra que conducía hasta el tráiler y pasó bajo la gran pancarta que él mismo había colgado entre los dos postes telefónicos que había conseguido de oferta por mediación de la REA². La pancarta estaba impresa con letras claras de más de medio metro: bienvenidos al rodeo anual de serpientes de cascabel de mystic.

Había luz en el tráiler, un modelo doble instalado sobre una terraza de hormigón, y por la ventana pudo ver la sombra de su mujer, Elfie, afanándose

en la cocina. Aparcó la camioneta, cogió el saco de arpillera de la parte de atrás y se dirigió hacia el portalón de un pequeño recinto cerrado con candado. Sacó la llave y lo abrió. Al fondo había varios toneles de metal. La parte superior de los toneles estaba cubierta por una rejilla metálica. Pateó un par de toneles y el pequeño recinto se vio de inmediato invadido por el traqueteo seco y constante de las serpientes de cascabel. Cogió de un rincón una vara con un gancho de alambre en la punta, dejó el saco en el suelo y esperó.

La boca del saco se movió y apareció la cabeza achatada de una serpiente. Parecía estar sonriendo y, nada más salir, se puso a agitar su lengua bífida para tantear el aire y saborearlo. Acto seguido, se produjo una ondulación y, detrás de la cabeza, surgió otro buen trozo de serpiente, puede que de unos diez centímetros de grosor. Joe Lon actuó con rapidez y seguridad, y al segundo la tuvo enroscada al extremo de la vara.

–Sorpresa, hija de puta –dijo Joe Lon, y la soltó en uno de los toneles.

Se quedó un rato asomado al tonel, intentando distinguirla, pero lo único que se atisbaba era un retorcimiento de sombras en el fondo, la ebullición incesante de algo grueso y lento.

Volvió a poner la rejilla metálica, arrojó la vara a un rincón y se encaminó a la puerta del tráiler.

Elfie estaba en el fregadero cuando él entró en la cocina. Por detrás seguía pareciendo la chica con la que se casó. El cabello rojo le llegaba hasta la rabadilla y seguía igual de resplandeciente, como si irradiase luz. Las caderas redondeadas y rellenitas sin llegar a resultar pesadas. Pantorrillas esbeltas y tobillos finos. Pero, claro, en cuanto se daba la vuelta era un desastre. Aquellos pechos exprime-pelotas que lucía orgullosa hacía dos años eran ahora dos enormes colgajos bamboleantes. Y aunque no estaba gorda, parecía que se había tragado una pelota de baloncesto. El vientre le brotaba de esa manera tan inverosímil por debajo del ombligo. La cocina olía como si hubiese estado cocinando mierda de bebé.

–Aquí huele como si hubieses estado cocinando mierda de bebé, Elf –dijo Joe Lon.

Había un niño gordo de dieciocho meses amarrado a una trona. Junto a él, en un moisés azul, otro niño gordo de dos meses.

Elfie se volvió y sonrió. Sus dientes eran una ruina. El médico dijo que tenía algo que ver con el hecho de haber dado a luz dos veces en tan poco tiempo.

–Joe Lon, cielo, he intentado mantenerte la cena caliente.

–Hay que joderse, Elfie –dijo él–. ¿Es que no piensas ir nunca a arreglarte esos dientes? Ya te di el dinero.

Ella dejó de sonreír y cerró los labios cohibida.

–Joe Lon, cielo, no he tenido tiempo, con los bebés y todo lo demás.

En Mystic no había dentista. Tendría que ir a Tifton, y el viaje le llevaría casi todo el día.

–Deja a los putos críos con quien sea y ve ya de una puñetera vez a que se ocupen de tu boca. Cada vez que te veo esos dientes me pongo enfermo.

–Lo que tú digas, Joe Lon, cielo. –Se apresuró a poner la comida en la mesa y se sentó enfrente de los dos bebés–. ¿No quieres lavarte las manos ni nada?

–Estoy bien así.

Ella retiró del horno unos escuálidos panecillos blancos y se los puso delante. A todo lo demás había que sumarle que era una cocinera lamentable. Joe Lon cogió del plato uno de aquellos panecillos grasientos, lo abrió por la mitad y lo empapó de salsa de jamón de Virginia³. Ella se sentó delante de su plato pero no comió nada, se limitó a mirarle apretando los labios de manera impropia.

–¿Has tenido un mal día en la tienda, Joe Lon, cielo?

Había estado de lo más tranquilo hasta entrar en el tráiler y ahora, sentado a la mesa, se estremecía de furia. No tenía ni idea de dónde procedía esa furia. Simplemente sentía la necesidad de abofetear a alguien. No la estaba mirando, pero sabía muy bien que ella seguía sin quitarle ojo de encima, sabía que su plato seguía lleno y sabía que sus labios estarían temblando e intentando formar una sonrisa. Le ponía enfermo de vergüenza y, al mismo tiempo, ardía en deseos de matarla.

–Dejé al negro a cargo de la tienda –dijo él–. Y me fui a cazar serpientes.

El panecillo pringoso se le había quedado atravesado en la garganta y una enorme burbuja gaseosa de whisky ascendió a su encuentro. No iba a ser capaz de acabarse aquella bazofia. No iba a ser capaz de comer nada.